

Una Experiencia Coral 72

por Sebastián Salazar Bondy

He asistido a la última charla de un ciclo de cinco que Pablo Neruda ha ofrecido sobre su poesía bajo el auspicio de la Universidad Nacional de Chile. El Aula Magna de la primera casa de estudios chilena se hallaba desde temprano totalmente colmada. Jóvenes, adultos, viejos, profesores, sacerdotes, gente pobre y rica, habían acudido a esta cita. Llegué hasta un lugar vecino a la tribuna, que habría de ocupar en seguida el poeta, gracias a la gentileza de un generoso amigo. Se reparte al público la copia mimeográfica del poema "Al aire", hojas que han de servir para que Neruda realice una experiencia inusitada.

Entra Neruda a la sala acompañado por la cantante popular Margot Loyola y los actores — ambos del magnífico Teatro Experimental de la Universidad — María Maluenda y Roberto Parada, quienes han de colaborar en esta conferencia-recital con su música y su voz respectivamente. Se aplacan los aplausos de la concurrencia y Neruda — su rostro frutal, sus manos finas, su cuerpo rotundo se hallan iluminados — comienza a hablar. Esa entonación lenta, densa, cálida — que, según sus propias palabras, le viene de la lluvia del sur natal — se apodera rápidamente de los auditores. Está reivindicando la poesía como cántico, como la declamación, y nos dice que el ideal de la poesía y los poetas es que la humanidad, al unísono, entonen algún día una misma canción. "Eso será la paz", afirma.

Interrumpe su disertación para anunciar que leerá uno de sus poemas australes acompañado con una melopea de la Isla de Pascua, que cantará Margot Loyola. Y así se hace. (Hay que anotar que la cantante y el poeta se han puesto de acuerdo sólo diez minutos antes). Los versos hablan de un mascarón de proa, de una mujer de madera, y la música surge de entre ellos como una agua limpia y fría, como un líquido metálico y antártico, modelándolos.

La combinación se repite, luego, con el tambor. Es el poema a Lautaro el que ahora sirve de material para efectuar el concierto de la percusión y la palabra. Al llegar a este punto, me siento virtualmente arrebatado por la vitalidad, la vigencia, la fuerza, que adquiere la poesía apoyada en la música popular. Esto es canción, es verdad, pero canción cuyo lirismo nos remonta a los inicios de la condición humana, a su raíz eterna, a su terrible voluntad de ser y permanecer. Una cueca compuesta por Mar-

got Loyola sobre un poema del autor de "Canto General" cierra esta primera parte de la charla.

Continúa la conferencia con la lectura de los poemas más nuevos de Neruda. Ha llegado en ellos a su madurez más espléndida. Son versos al castaño, a la cebolla, a la fertilidad, a la vida menuda y entera. Allí se identifica el antiguo fervor de Neruda por la naturaleza con un optimismo simple y austero. No podría citar una sola de las estrofas de estos poemas, pero puedo declarar que ha alcanzado allí un estilo que lo empareja a cualquier clásico de la lengua. Se trata de un clásico americano, orgulloso de un idioma que renace empapado de promesas, renovado y engrandecido, porque ha roto las esclusas de su consumación y se expande triunfal, sin limitaciones, para expresar un mundo inocente.

Neruda nos lleva de la mano hacia la sorpresa. Ha dicho que la poesía debe ser coral, como en Grecia, como antes de Grecia. María Maluenda y Roberto Parada dicen un poema civil, una elegía cantable. Primero la voz de Neruda — ésa que algunos consideran monótona, pero que yo creo entrañable con el espíritu mismo de su poesía —, y en seguida la hermosa de María Maluenda iniciando el poema. A ella se une la de Roberto Parada — voz clara, máscara, sonora — que realiza con aquélla un acorde desgarrado, duro, penetrante. El poema emociona al público no sólo por su contenido sino por su intensa esencia musical. No música de cámara, entendiéndose, sino música de ágora, de plaza, de lugar abierto hacia todos los vientos. Después de esto vendrá la experiencia coral completa. Neruda anuncia que leerá el poema "Al aire", que se nos ha entregado previamente, y que, al final, los versos que se hallan subrayados en la copia serán dichos por todos los que estamos en la sala. Hay un rumor de confusión y pudor. Personalmente temo que la iniciativa fracase, pero me propongo contribuir a su éxito superando mi timidez, mi ridículo temor al ridículo.

Neruda lee el poema lentamente, como saboreándolo. Es un poema sencillo, de una sola dirección. Es tierno y transparente como el propio aire al cual está dedicado. La voz de Roberto Parada ingresa de pronto. La sala lee y escucha. María Maluenda interviene. La voz de la actriz brota cristalina y tibia. Al llegar al verso señalado, el joven, el adulto, el viejo, el profesor, el sacerdote, el pobre, el rico, todos, cantamos entusiasmados el epílogo de un cántico alegre y puro.

Concluye la conferencia. Salimos, después de más de una hora de estar en aquella aula, henchidos de algo que no podemos precisar. Hemos estado unidos — yo al de al lado, el de al lado al de más allá, éste al de enfrente, aquél al poeta, el poeta a los actores — por una corriente cordial en el justo sentido de la palabra, como si nuestros corazones hubieran latido juntos y la sangre hubiera afluído al modo de un río hacia la belleza. Y salimos a hablar, a hablar de poesía, presos en una red imponderable y perfecta, lavados y llenos de un sentimiento fraterno y primordial.

Santiago, 29 de Enero de 1954.